

11:57 AM/REC 2

MCAM-003

Joe Loya, filmado por la cámara de seguridad de un banco que iba a robar



# Hollywood te enseña a robar un banco

*Y el maestro Joe Loya te lo demuestra*

*El cine es una escuela sentimental. Y ser ladrón de bancos es sexy.  
Joe Loya robó unos cuarenta. Pero fue a ver muchas películas más*

*una historia de Daniel Alarcón*



Fade in. Clyde Barrow y Bonnie Parker acaban de conocerse. Ella lo sorprendió tratando de robarse el auto de su madre. Él la atrapó mirándose desnuda frente al espejo. Esto es West Dallas y el espeso calor tejano aplasta: la luz del sol te deja ciego y el calor lo cocina todo. Ella es una mesera. Él acaba de salir de prisión por asalto a mano armada: la atracción es instantánea. Entonces caminan juntos hacia el pueblo.

–¿Cómo es? –pregunta Bonnie.

–¿La prisión?

–El asalto –dice ella.

Clyde la observa, es una pregunta tonta después de todo, una que sólo puede ser respondida con la acción.

–No se parece a nada –dice él.

–Mentiroso.

Él le muestra su arma. Ella la toca con un deleite casi sexual.

–Nunca tendrías el coraje para usarla –dice Bonnie.

Ella le ha golpeado el orgullo. Él le clava una mirada desafiante. Luego camina hacia la tienda que está enfrente. Instantes después, sale con el dinero. La fuga comienza: se oyen disparos por todos lados, se suben a un auto cualquiera y huyen del pueblo a toda velocidad, por una trocha amarillenta. Aún los persiguen, cuando ella se lanza sobre él. No se resiste. Bonnie le arranca la ropa a Clyde con tanta fuerza que por poco él pierde el control del auto robado. *Pause.*

Joe Loya detiene el video. Estamos sentados en la sala de su casa de East Oakland, California, tomando jugo y comiendo tacos con salsa extra picante. Hemos estado viendo películas de ladrones durante los últimos cinco días, observando la versión Hollywood del asalto bancario: en la pantalla, caos y violencia; afuera, por la ventana, despegan y aterrizan aviones delante de un cielo de media tarde pintado de rojo y rosa. Y ahora Faye Dunaway, esa zorra, congelada en el televisor de Joe Loya en medio de una acrobacia de lujuria: su vestido levantado y su pierna izquierda estirada sobre Warren Beatty. Parece casi lista para devorarse a ese ex convicto, ladrón, criminal.

–Es la verdad, *young blood* –dice Joe Loya con una amplia sonrisa–. Las mujeres adoran a los asaltantes de bancos.

Sabe lo que dice. Asaltó cerca de cuarenta bancos del sur de California en catorce meses, embolsicándose un cuarto de millón de dólares antes de ser atrapado, en 1990. Han pasado quince años desde entonces, y ahora es un hombre casado, pagador de impuestos, escritor, actor, hijo de una familia de origen mexicano. Tiene una casa propia, un perro y un jardín trasero. A sus cuarenta y cuatro años ha logrado cambiar su vida tanto como una vida puede ser cambiada: a

*tabula rasa*, su pasado es ahora casi irreconocible en su rutina. Y aun así, esta película y todas las películas que hemos estado viendo son un reflejo de lo que Loya fue alguna vez, de la vida que dejó atrás. Aquello que sedujo a Bonnie, Joe Loya lo tuvo. Su conducta era la de un verdadero criminal, la de un maldito.

Loya deja el control remoto sobre la mesa y toma un sorbo de jugo. Ahora es un hombre que hasta podría parecer un sonriente oso de peluche gigante. Es difícil imaginarlo levantando la voz, mucho menos atracando un banco. Ha trabajado muy duro para convertirse en el hombre que es ahora, y lo que más le sorprende es cuán generosa es la gente con él: según Joe Loya, no hay estigma alguno por ser un asaltante de bancos, sólo respeto, fascinación. ¿Y las mujeres? Señala la pantalla con un gesto.

–Cuando se enteraban –dice– era increíble como todas se sentían de inmediato atraídas hacia mí como nunca antes. Caían fácil seducidas por mi onda. Ellas ni siquiera necesitaban verlo, bastaba que supieran que había robado bancos para que se fascinaran.

Robar un banco debe ser el crimen más admirado en los Estados Unidos y en el mundo entero, cuando no hay muertos ni heridos. Además es un invento gringo. Antes que existieran los billetes, los bancos guardaban oro, monedas. Robarlos era muy pesado. Pero cuando Inglaterra los colonizó y aparecieron los billetes, ese crimen se hizo más liviano. Y hasta ahora mantiene su buena reputación. ¿Por qué no? Si se hace bien, no deja víctimas: nadie sale herido y el seguro federal siempre devuelve el dinero robado. El banco nunca pierde. Por eso nadie los quiere demasiado. Y robarle a quien te roba no está del todo mal visto. El culpable del glamour de este crimen es Hollywood, donde el asalto a bancos es casi un fetiche. Cada temporada una nueva camada de fotogénicos y bien vestidos actores roban en la pantalla grande. Planean algún atraco absurdamente complejo, tienen ingeniosas conversaciones, seducen a hermosas mujeres y, de alguna manera, logran lo imposible. Celebran con puros y martinis en alguna isla perdida del extranjero ¿Quién no quiere eso? Añades una pequeña dosis de Robin Hood a la mezcla y tendrás un crimen maravilloso, uno que todos pueden

comprender, simpatizar, incluso admirar: ¿quién no ha necesitado en algún momento un dinero extra? ¿Y si tuvieras el coraje de tomarlo?

Joe Loya aprieta *play* en el control remoto: Faye Dunaway vuelve a la vida. Warren Beatty está tan sorprendido de las ganas de ella, que parece estar medio asustado.

—Mierda —dice Loya, sacudiendo la cabeza—. Mírala, la mujer no aguanta más.

Hay sensualidad y poder en ese auto clásico: un hombre atractivo, una mujer hermosa, un arma y una maleta de dinero. ¿Qué más necesitas?

El asalto nunca lució mejor.



Alguna gente nace agresiva, condenada a ser violenta de por vida. Otros aprenden a ser buenos malditos mientras sobreviven a su decadente juventud. Algunos se drogan y entonces descubren que hay una violencia que los habita. Para cualquiera de ellos, asaltar un banco sería pura intuición, algo parecido a robar un auto o arrancar una cartera. Para los demás, para la mayoría, si mañana alguno tuviera que cometer un atraco, tendría un único lugar donde buscar consejos: las películas. No habría más opción que estudiar cada cinta, cada detalle, a cada uno de los actores para poder imitarlos: la manera en que caminan, las palabras que usan, los gestos con los que asustan a sus víctimas.

Pero resulta que los criminales también se educan así.

—Los delincuentes han visto estas películas —dijo Loya antes de empezar con nuestro plan de ver juntos cintas de robabancos. Él escogió los filmes: además de BONNIE Y CLYDE (1967) vimos LA FUGA (1972), TARDE DE PERROS (1975), PUNTO DE QUIEBRE (1991), KILLING ZOE (1994) y FUEGO CONTRA FUEGO (1996). Juntas, estas películas forman una suerte de cinematoteca elemental del robo bancario. Algunas son absurdas fantasías hollywoodenses, otras son indiscutibles obras de arte.

—Los criminales se saben todos los diálogos —dice Loya. —Dominan las inflexiones de voz. Los gángster usan las películas de gángster para hablar de sí mismos. Lo ves en prisión. Estudian estas películas para saber cómo ser buenos criminales.

Algunas veces esto es literalmente cierto. Hubo una pareja de Las Vegas que se obsesionó con Bonnie y Clyde, y manejó más de cuatrocientos kilómetros hasta Los Ángeles, catorce veces en un año, y sólo para asaltar bancos. Al igual que sus héroes del celuloide, esta pareja también terminó muerta en un tiroteo. O como los nueve sospechosos que se vistieron de payasos y robaron otro en Hawái, tal como lo

hizo Bill Murray en una película de los noventa titulada CON LA POLICÍA EN LOS TALONES. Y, por supuesto, más afamados, los dos locos que se vistieron con armaduras negras y reeditaron el intenso tiroteo de FUEGO CONTRA FUEGO, después de asaltar un banco en North Hollywood. Una hora y once mil balas después, murieron.

Pero Joe Loya no se refiere sólo a los imitadores. El crimen de por sí, cualquiera que sea, es una actuación, una *performance*. Loya podía hacer el papel del tipo rudo y luego, sin ningún problema, dejarlo a un lado. Dice que era tan experto que en una ocasión, tras robar un banco, consiguió que una patrulla estatal de California le diera un aventón, cuando el auto en que fugaba se malogró. Por más de un año, mientras asaltaba un promedio de un banco a la semana (una vez se le fue la mano, dice, y atracó cinco en un solo día), Loya tenía a todos engañados: su familia, sus amigos, su novia, sus compañeros de trabajo,

su jefa. Trabajaba de mesero, y todos creían en su papel de joven ejemplar, igual que todas las cajeras creían en su aterrador acto de asaltante profesional.

Escucha esto: si eres asaltante de bancos, tu éxito o fracaso, incluso la seguridad de las personas que encuentras al cumplir tu rutina criminal, todo eso, depende de que la platea crea en tu actuación. Un tono de voz poco convincente, un signo de debilidad, un gesto falso y puedes inspirar a alguien a convertirse en héroe. O a intentarlo. Entonces el arma que no tenías intención de usar puede ser disparada dejando heridos. Ahí sí que el dinero ya no es fácil. Cuando cometes un asalto a un banco debes convertirte, por dos minutos —no más, porque la policía está en camino—, en un animal. Todo comienza y termina así: te casas con el crimen y no puedes dar marcha atrás. Rompes con tu familia, con tus amigos, con la sociedad más educada. La vida se vuelve un plan de contingencia. Si logras aquella indiferencia de acero hacia el mundo,

como uno se imagina que sucede con los criminales, habrás avanzado la mitad del camino. Es fácil para algunas personas. Loya diría que no es imposible para nadie.

Aunque robar un banco sea un acto teatral, no todos los atracos serían una buena película. Cuando Loya los asaltaba durante la *fiebre de la cocaína* a fines de los años ochenta e inicios de los noventa, hubo un promedio de diez golpes a bancos cada día laborable en Los Ángeles. Es decir, un asalto cada cuarenta y siete minutos. No son asaltos románticos, heroicos ni siquiera diestros. No son los ladrones profesionales que ves en la pantalla, ni los guapos ni las bellas del cine. Son adictos al *crack*, a la heroína, a los fármacos, tipos desesperados que se han pasado de robar licorerías de barrio a esto: entran al banco y su angustia es tal que aterran a cualquiera. Todos ven su abandono, su descontrol. *Dame el puto dinero*. Quizá el adicto lo surrurra, quizá lo ha garabateado en una nota. Puede que quiera enfatizar, *Tengo un arma*, o *Tengo una bomba*, o *No me*



Joe Loya estuvo dos veces en la cárcel.



*hagas dispararte*. Su corazón le estalla en el pecho y quiere que todo termine pronto o tal vez está tan drogado que no entiende lo que está haciendo. Él lo ha visto en cine. Y lo ha perfeccionado en la calle, que es peor. Es un asalto al banco para subsistir: el botín de un robo así no suele ser de más de dos mil dólares. Que, en manos de un drogadicto, se desvanece en días. Pero ellos no piensan en ahorrar.

Uno de los argumentos preferidos de Hollywood es el del atraco final: un último robo y me retiro (FUEGO CONTRA FUEGO y LA FUGA, para nombrar sólo dos). Pero el hecho es que la mayoría de los asaltantes de bancos son capturados, si no la

y debo mantenerla dentro. En cierto modo me canibaliza. Siento como si tuviera que andar ajustándome las riendas.

Si creemos en el idioma de la adicción, entonces uno siempre se está rehabilitando. Hace quince años, Joe Loya era un adicto a la emoción de los asaltos a bancos y todavía anda convaleciente. Mañana y al día siguiente y toda la vida: siempre estará en recuperación. Mucha gente como él jamás habría llegado tan lejos. Muchos se habrían equivocado, habrían dado tropezones hacia atrás. Loya reconoce que en una época robar era lo único que deseaba hacer. Cuando estaba en prisión, a la mitad de su segunda sen-

**Hay películas de Hollywood que forman una cinemateca del robo bancario. -Los criminales se saben todos los diálogos -dice Joe Loya-. Los gángster usan las películas de gángster para hablar de sí mismos. Lo ves en prisión. Estudian estas películas para saber cómo ser buenos criminales**

primera vez, alguna vez. Como la mayoría de asaltantes son drogadictos, el FBI sabe que un ladrón robará de nuevo. Casi siempre la justicia los atrapa. En los Estados Unidos entre setenta y ochenta de los asaltos a bancos quedan resueltos. Incluso Joe Loya, quien dice que nunca se drogó (quizá porque creció rodeado de cristianos ya que su padre fue pastor), tampoco dejó de robar por su propia voluntad. Sólo se detuvo cuando fue capturado, e incluso mientras cumplía en prisión su segunda condena, todavía se llamaba a sí mismo criminal: tenía planeados los trabajos que haría cuando saliera en libertad.

-Pero el gran drama de robar un banco es no cometer un crimen -dijo Joe Loya la tarde en que vimos LA FUGA.

El adoraba esa película porque fue la primera en la que el robo era algo secundario y la huida lo principal: Steve McQueen y Ali McGraw se pelean, se reconcilian, corren por el sur de Texas hacia la frontera de México, con una maleta repleta de dinero.

-Si alguien tiene las agallas, si tiene la audacia para transgredir, entonces todo es fácil. La cosa es mantener la libertad -dijo Loya con una sonrisa.

-¿Era adictivo? -pregunté.

No vaciló en responder.

-Para mí lo era. Amaba la adrenalina. Era un adicto a ella, pero nunca me drogué. Era el éxtasis que me producía todo. Me lo daba la persecución y también las cajeras aterrizadas. Se trata de ser disciplinado, de estar alerta, de sentirse vivo y respirar la vitalidad del momento de un modo extraño. Es el vértigo del asunto.

-¿Cómo lo reemplazas?

-No hay nada que se le parezca -dijo Loya. Ésa puede ser una de las razones por las que a veces sufro, una de las razones por las que me deprimó. Tengo mucha energía que quiere salir

tencia, estuvo planeando algo grande. Soñaba con cajeros automáticos. Ahora cuenta la historia con nostalgia: dice que pronto será la base de un guión cinematográfico que espera escribir. Loya tenía un contacto que trabajaba en un banco y gracias a él supo que cuando había un fin de semana largo los cajeros automáticos eran cargados hasta con doscientos setenta y cinco mil dólares. Bastaban cinco o seis de ellos, un viernes cualquiera, para que Loya estuviese al frente de una fortuna respetable.

Hay adictos y *adictos*. Por esa época uno de los amigos de Joe Loya era un hombre a quien él llamaba Ángel. Era un desquiciado, un heroinómano, un matón. Ángel había sido *coyote*, pasaba mexicanos a través de la frontera. Dos veces había sido perseguido a toda velocidad por los agentes de Migraciones. Loya le contó a Ángel el detallado plan: *camarada, esto es lo que vamos a hacer*. Hubiera sido la primera vez que Joe Loya robaba en equipo. Prefería trabajar solo. Sus probables cómplices eran siempre drogadictos. Jamás le inspiraron confianza. Pero Ángel era su amigo. En el mundo del crimen, donde se vive al filo, Loya era un adicto moderado a la adrenalina. El suyo no era un caso terminal. El de Ángel sí. Existen. Ángel pensó que asaltar cajeros era un buen plan, pero le faltaba algo. Casi le daba vergüenza decirlo.

-¿Podemos detenernos en algún momento de la fuga y dejar que los policías se acerquen para tener una persecución?

Ángel adoraba sentir a los policías respirándole cerca. Un hombre como él no se recupera. Para un tipo como Ángel, el banco, el botín, la mala vida, la droga, todo estaba confundido, sin remedio.

Joe Loya sí lo logró. Ángel murió en prisión de una sobredosis de heroína.



Es junio de 2005 y el entrenamiento teórico ya está completo. Hemos visto las películas, las hemos discutido en su casa después de almorzar en el centro de Oakland. Es tiempo de ver la acción, la escena del crimen. Un lunes por la mañana conducimos al sur hacia Los Ángeles, la capital mundial de asaltos bancarios, para ver dónde ocurrió el mejor atraco de Loya. No el más lucrativo. Ésa habría sido la vez en que se metió a la bóveda de un banco amenazando con tener una bomba. Entonces asustó tanto a una de las empleadas que ella se orinó de miedo. Esa vez Loya salió con treinta y dos mil dólares. No ése robo, sino *el mejor*. Robar no siempre es un asunto de dinero. *El mejor* había sido aquel atraco en el que todo le salió bien, cuando estaba en el pico de su carrera criminal, casi al final de sus catorce meses como robabancos. Se sentía confiado, invencible. Un mes después una cajera deslizó un transmisor electrónico en el botón: Loya fue arrestado y enviado a prisión por ocho años.

Es un bello día de sol y cielo azul. El paisaje parece una postal: el valle fértil, las colinas amarillas, las gordas nubes blancas. Conducimos y Joe Loya recuerda sus proezas. Hace poco publicó sus memorias como ladrón, y ahora vive de contar su pasado: todavía hace que el dinero salga de los bancos y llegue a sus manos. Quien solía asaltarlos ahora escribe cómo lo hizo y gana dinero. El próximo año estrenará su segundo espectáculo unipersonal a partir de sus experiencias en el New York Theatre Workshop. Incluso su objetivo es ser actor en Hollywood, y quizá seguir sacándole partido a su historia.

—Quizá me ponga nostálgico al ver este banco —musita Loya en cierto momento—. Incluso podría soltar una lágrima, *young blood*, pero si lo hago diría que es una alergia —dice.

¿Por qué no se pondría nostálgico? Después de todo, la suya fue una buena vida. Cuando Loya fue arrestado le quedaban apenas doce mil dólares. Se había gastado el resto. ¿Cómo alguien puede gastar un cuarto de millón de dólares en un año? Mil dólares en cada traje a la medida. Doscientos cincuenta en cada par de zapatos. Viajes a Las Vegas con un grupo de amigos, todos los gastos pagados. Golf cinco veces a la semana, y Loya pagaba todo. Era generoso con sus amigos, después de todo podía permitírselo: cuando se le acababa el efectivo, iba y hacía otro retiro.

Pero cuando Loya salió de prisión por primera vez (fue sentenciado por fraude, antes de robar bancos), reinauguró su carrera criminal por una obligación familiar. Dice que quería sorprender a su sobrina con un lindo regalo por sus quince años. Tenía que hacerlo. Por absurdo que suene, aquello tenía sentido para él en esa época. Ella realmente lo admiraba y él no quería decepcionarla. Así que salió y robó un banco. Si esto parece irracional, es porque es difícil comprender lo que significa ser un criminal.

—La posteridad es una estupidez para nosotros —explica Loya mientras nos dirigimos hacia el sur.

—No tenemos apego al futuro. Los criminales somos impulsivos y nos motivan otras cosas. Seis meses es demasiado tiempo. Seis meses es un largo tiempo para alguien que no se preocupa por el futuro. No hay metas.

Hay una escena memorable en *KILLING ZOE*: el banco está rodeado por la policía, un rehén ha sido asesinado, la debacle es inminente. Eric, el líder homicida de la banda, baja las escaleras hasta donde Zed, el ladrón de cajas fuertes. Zed ha estado trabajando con esmero, sin saber lo que ocurre en el piso de arriba, y finalmente logra volar la puerta de la bóveda. Después de un tiroteo con un guardia de seguridad (que termina cuando una granada es lanzada en medio del forcejeo), después de todo eso, hay un breve momento de paz. Eric ingresa a la bóveda llena de humo. Encuentra un lugar donde sentarse entre las barras de oro y rompe a llorar. No importan la policía, los rehenes, el tiroteo, y menos que el plan haya sido desbaratado y que no les quede la menor posibilidad de salvarse. Sabe que no hay escapatoria pero, por un instante, no importa.

—Somos ricos —susurra una y otra vez.

En este caso Hollywood acierta. Un hombre más realista y razonable habría susurrado algo como «estamos jodidos, estamos muertos». Pero es poco probable que un hombre así hubiese llegado hasta la bóveda llena de humo de un banco.



Los Ángeles es famosa por su tráfico terrible. Una hora y media antes de llegar a esta ciudad, comienza la corriente de autos que brillan bajo los perpetuos rayos solares de California. Encerrado en cada uno, hay un pasajero solitario mirando hacia delante, con las ventanas cerradas. Se ve el desfile de los *malls* a los lados de la carretera y puedes apreciar, detrás de esta monótona escenografía de cemento, la tosca belleza de la tierra: ascendemos del valle a las colinas escarpadas. Seguimos avanzando, pero presiento lo que nos espera: es posible que al cruzar el siguiente paso, la carretera colapse y se convierta en un enorme estacionamiento.

No hay de qué preocuparse. Joe Loya fue un mago del volante al conducir por las autopistas de Los Ángeles en busca de salidas rápidas. Para él burlar el tráfico era vital. Tiene un mapa de California grabado en su cabeza: conoce todas las carreteras, todos los atajos y la dinámica del tráfico. Es un milagro, pero con Loya al lado nunca se baja la velocidad. De hecho, a medida que nos acercamos al banco —a su *mejor* asalto— incluso parece que el auto acelerara.



Joe Loya, junto a su madre y su hermano menor.



Al salir de la carretera en Valencia, hay que voltear a la izquierda en McBean Parkway al norte de Los Ángeles. Un par de kilómetros hacia el sur y luego seis kilómetros a través de un suburbio residencial. Ahora estamos lejos de la autopista, y la distancia respecto a ella es una prueba de la audacia y la fe en sí mismo que tenía Loya: solía asaltar en un radio de mil metros de su ruta de escape. Dice que ese día tuvo un presentimiento, una sensación de que algo bueno le esperaba. A seis minutos de la carretera, un supermercado, un amplio estacionamiento, y una solitaria agencia bancaria aparece a un lado de la pista. Loya sonrío.

Todos luchan contra el miedo: la primera vez que Joe Loya cometió un atraco, le tomó todo el día. Entra y salía de bancos por todo San Diego. Le quedaban quince minutos antes de que cerraran las oficinas, cuando al fin se atrevió a hacerlo. Consiguió cuatro mil trescientos dólares. Pero en la época del asalto de la sucursal de McBean Parkway, aquello era algo normal. Loya superaba sus nervios mientras manejaba en silencio, buscando un banco. Primero dialogaba con su cuerpo, aplastaba sus dudas. Vencidos sus demonios, quedaba listo para actuar, para protagonizar cualquier papel.

Doblamos detrás del supermercado donde los camiones hacen sus entregas de mercaderías. Loya indica cuál sería la ruta de escape. El auto queda estacionado cerca de un paso peatonal que desemboca en un amplio estacionamiento. Frente a nosotros, como a un campo de fútbol de distancia del supermercado, está la agencia bancaria.

Es entonces cuando uno se entera de que sus instintos no son buenos para esto. Cualquiera hubiera preferido estacionar el auto más cerca, justo frente a la puerta del banco. Y hubiera querido arrancar y escapar tan rápido como fuera posible. Joe Loya nunca hizo eso.

Hollywood no sólo enseña, también distorsiona. Loya le sacaba ventaja:

—Usas contra ellos mismos lo que ellos creen que saben sobre asaltantes de bancos —explica Loya—. Entrás, haces lo tuyo, y los empleados del banco salen a la puerta esperando ver un auto que hace rechinar las llantas mientras escapa. Han visto las películas. Esperan una salida salvaje.

Joe Loya era escurridizo. Después de un atraco él caminaba hacia su auto, quizás un poco más rápido de lo normal, pero sin correr. Los empleados del banco salían, mirarían a izquierda y derecha, pero nunca al frente. Mientras tanto, Loya paseaba con tranquilidad por el estacionamiento, rumbo a su auto. Nadie lo vería jamás. Desaparecería. Cinco minutos después del asalto él ya esta-

ba conduciendo sobre la autopista, cada vez más lejos del crimen. Entonces se sentía satisfecho. Dice que escuchaba siempre la misma canción, una música de fuga en su propia película criminal: COMFORTABLY NUMB, de Pink Floyd. Una vez recuerda que puso otra canción, SMOOTH CRIMINAL, de Michael Jackson, pero que la quitó de inmediato. No tenía la fuerza que Loya esperaba.

—¿Entramos? —le pregunto en la puerta del banco.

Loya comienza a seguirme. Luego mueve la cabeza. Mejor no.

—El banco ha cambiado demasiado. Igual no recordaré nada —dice.

Loya espera afuera. La iluminación, la alfombra, el aire acondicionado, todo es tan similar y tan cómodo como en todos los bancos estadounidenses a los que uno entra. Excepto por la barrera de seguridad. Esto es nuevo. Las cajeras repiten la misma sonrisa mecánica de siempre, con la misma cara amigable que le debieron haber puesto a Loya en 1989, cuando comenzó su carrera como asaltante. Pero ahora lo hacen tras un vidrio a prueba de balas.

Éste ya no es el banco perfecto para robar. Aun así, me detengo por un minuto allí e imagino que sí lo es: lleno una hoja de depósito, miro alrededor. Hollywood adora en sus películas un complejo y ruidoso asalto de bancos, y casi ignora la forma en que Loya se ganaba la vida: asaltaba a una sola cajera. Quizá sea el trabajo actoral más difícil, esa sutil violencia de los ojos, esa amenaza silenciosa. ¿Eres capaz de mirar a una cajera y hacer que se orine de miedo? ¿Eres capaz de que te entregue el dinero sin hacer ruido alguno, sin que presione la alarma o se tome demasiado tiempo?

Una cajera cruza miradas conmigo y sonrío. Boto la boleta de depósito y salgo del banco. El calor de Los Ángeles es maravilloso: caliente y seco. Caminamos por el estacionamiento hacia un café. El asfalto es pegajoso. Le cuento a Joe Loya acerca de la seguridad. Se encoge de hombros. «Oh, bueno», dice, y entiendo que ya no le importa.

Mientras tomamos café, Loya me cuenta del día en que fue a abrir una cuenta al banco. Fue en 1996, unos meses después de haber salido por segunda vez de prisión, esforzándose por tener una vida normal, correcta. Era su primera vez en un banco como cliente legítimo. Mientras esperaba a ser atendido, quién más podía entrar sino un asaltante de bancos. Joe Loya lo supo de inmediato: el hombre usaba lentes de sol y sombrero. No tenía nada en las manos. Parecía nervioso. *Mierda*, pensó Loya. *¿Y ahora?*

Un robo a una cajera es tan silencioso que puede que nadie más se entere. Es un diálogo íntimo entre el ladrón y su víctima. Así que Joe Loya vigilaba a la cajera con la mirada: si

su rostro demostraba miedo, *shock*, entonces Loya sabría que no le quedaba más que actuar. Estando en prisión se había comprometido a cambiar de vida: aquí estaba la oportunidad de probar que no era pura palabrería. Tendría que tumbar a aquel tipo de lentes de sol y sombrero y sujetarlo hasta que alguien se diera cuenta del atraco. Y luego desaparecer, para no tener que toparse con la policía.

Por supuesto, el hombre no era un asaltante. Sólo estaba haciendo un depósito. No todos los que usan lentes de sol y sombrero planean atracar un banco. Uno se pregunta ahora si fue paranoia lo que empujó a Joe Loya a creer que él podría ser tan desafortunado: es la clase de cosas que sólo suceden en las películas.



Cae el atardecer en el vecindario Echo Park de Los Ángeles. Estamos tomando un descanso en el apartamento de una vieja amiga de Loya. El día ha terminado y estamos hartos de películas y bancos. Loya observa su reloj y marca el número de su esposa otra vez. No le gusta dejarla sola en estos días. No es seguro. En la última semana ha habido tres asaltos en un radio de cuatro cuadras. El asaltante suele caer sobre sus presas cuando éstas suben o bajan de sus autos. Las reduce con un arma, toma sus billeteras, sus carteras. Loya quiere estar allí para cuidar a su esposa mientras cierra el auto, mientras sube las escaleras hacia su casa. Me cuenta que ha estado entrenándola para andar más alerta, pero ella no suele preocuparse por esos detalles. Ahora él no estará del todo tranquilo hasta que hable con ella, hasta que le diga que está en casa, que las puertas están con llave y que ya no piensa salir.

Para Joe Loya, los asaltos en su vecindario son un desafío personal.

—Yo era ese hombre —dice—. Solía aterrorizar a la gente y ahora este tipo hace lo mismo, conmigo, con mi esposa.

Volvamos a los viejos días en los que el asalto a los bancos era un crimen elegante. Nadie salía herido y se ganaba mucho dinero. Por lo menos, ése es el mito: el más gringo de todos los crímenes, el más John Wayne de los asaltos. La Gran Depresión, pretexto perfecto: decenas de Robin Hoods atacando los bancos que oprimían a los pobres. Los robabancos fueron las primeras estrellas del bajo mundo. Hollywood ha ganado millones sumando glamour y sofisticación al crimen: nadie muere a propósito, todos los ladrones tienen corazones de oro. Los asaltantes de bancos de las películas son guapos, *sexys*, confiables. Cuando Loya asaltaba, se imaginaba a sí mismo siguiendo esa tradición, la herencia real o ficticia de lo que era ser un criminal honorable. Robar

bancos era, para Loya, correcto, ético, una suerte de rebeldía romántica, algo muy distinto del asalto armado a una mujer solitaria en una calle oscura y vacía.

Al menos eso era lo que Joe Loya que se decía a sí mismo.

Pero ahora que un ladrón tiene su vecindario amenazado, no puede dejar de recordar los días en que las mujeres le temían. Esas imágenes lo incomodan. Están guardadas en el expediente del FBI: «¿Cómo sabía que él tenía una pistola? ¿Usted vio el arma?», preguntaban los agentes a las cajeras. «Era obvio que la tenía. Podía verlo en sus ojos. No estaba jugando. Tuve miedo», decían ellas.

## Loya era tan experto en su papel de robabancos que en una ocasión, tras robar uno, consiguió que una patrulla estatal de California le diera un aventón cuando el auto en que fugaba se malogró

Pero el miedo no distingue entre el crimen elegante de un robabancos y el hurto callejero en cualquier esquina. Así que ahora, en este apartamento de Los Ángeles, Loya espera una llamada telefónica.

—Este tipo —dice al referirse al ladrón de su vecindario— lo intentará de nuevo.

Loya se detiene un segundo y se inclina hacia mí.

—Espero que lo intente conmigo. Deseo que lo haga.

—¿Por qué? —pregunto.

—Conozco a este tipo. Sé cómo piensa. Podré atraparlo.

Por el tono de voz de Loya, está claro que lo ha pensado mucho. No se trata de justicia callejera ni de ser un héroe: es algo más íntimo, unas ganas desesperadas de quitarse de encima al fantasma, al tipo que él fue.

—Si él está lejos, y me apunta con un arma, jugaré a hacerme el asustado, el sumiso, y trataré de que se acerque. Le daré todas las señales de que soy una víctima fácil, hasta que baje la guardia. Entonces, una vez cerca, será mío.

—¿Y si te sorprende de cerca? ¿Con el arma en tu cabeza?

—Le diré: «¿Estás seguro de querer hacer esto con aquel policía tan cerca?». Y él vacilará. No se esperará eso. Entonces lo tendré.

—¿Y qué hay del arma?

—No está cargada —dice Loya, asintiendo con la cabeza—. Estoy seguro de que no está cargada.

El nuevo Joe Loya es metódico, nada impulsivo, y no se toma la seguridad a la ligera. Lo que ha logrado —una vida rehecha de la nada— no es algo con lo que quiera jugar. Tras cuatro años de estar en prisión —la segunda vez—, en una celda solitaria, solía imaginar la vida que quería afuera: rodeado de gente interesante, artistas, escritores, periodistas. Parecía

tan imposible como caminar en la Luna. Pero ahora Loya lo ha logrado: dentro del mundo literario de San Francisco es popular. La gente se le acerca con respeto. Y él está orgulloso y contento de esta nueva vida.

Así que, si Joe Loya dice que el arma no está cargada, no bromea. Sabe lo que dice porque debe haber indagado en su propio archivo de experiencias violentas. Para un asaltante de vecindario, el arma es utilería. Tiene que serlo.

Un momento después el teléfono suena. Es la esposa de Joe Loya. Su preocupación se esfuma. Contesta la llamada y se aleja para hablar en privado. Es imposible no preguntarse si él le

habrá contado a su esposa acerca de esos planes, de sus deseos respecto al ladrón del vecindario. ¿Qué diría ella? ¿Querría que él estuviera planeando cosas así? ¿Tendría miedo de que le pase algo a él? ¿Le suplicaría a su esposo que se deje robar?

Por supuesto, una vez que has asaltado un banco, te conviertes para siempre en un personaje de tu propia película. La puedes ver con claridad: unos puñetazos, un forcejeo en la penumbra, la cámara en un plano cerrado, entrando y saliendo de foco, sombras y piel bajo una amarillenta luz callejera. El intenso sonido de la respiración, puño contra músculo, un disparo, y uno esperaría que la bala inofensiva volara hacia el cielo. Hay pelea y ruido, y entonces se abre el encuadre: Loya ha reducido al criminal. Tiene su bota sobre el cuello de éste. Entonces grita con fuerza, «incendio, incendio», tal como ha enseñado a su esposa a hacerlo. Le ha dicho: tú grita *incendio* en vez de *socorro*, porque todos se preocupan cuando hay fuego. El asaltante ha sido atrapado, y las puertas de las casas del vecindario se abren, las luces se encienden y todos están seguros otra vez. Salen los créditos de la película.

Ésta es una de las formas en que podría terminar su escena esperada, pero no la única. Joe Loya regresa de la otra habitación. Empiezo a decir algo, pero me callo. Su olfato para detectar la violencia es mejor que el mío, pero debe haber una parte de él que extraña la adrenalina. Y si la violencia viene a buscarlo, sería el mejor y el más inocente modo de revivir aquellos días, de sentir esa excitación otra vez, de llenar ese vacío. ¿Cómo le dices a un hombre, cuya vida entera es un milagro, que no debería tentar a la suerte de nuevo? Esa sería una escena más que habría que añadir a su película, y qué escena sería.

Afuera un perro ladra. «Vamos», dice Joe Loya, y salimos hacia la noche de Los Ángeles. ●